



SAIZ VALDIVIELSO, Alfonso Carlos
Rafael Sánchez Mazas.
El espejo de la memoria

Bilbao: Muelle de Uribitarte, 2010.
 229 p. : il. ; 24 cm.
 ISBN: 978-84-937587-3-8

Circula una teoría, difícilmente verificable pero no por ello esgrimida con menos convicción por algunos biógrafos, según la cual uno de cada tres grandes dictadores, pintores y escritores antes de llegar a la adolescencia ven cómo sus padres fallecen, quedan incapacitados o se arruinan. Tal fue el caso de Rafael Sánchez Mazas, quien perdió a su padre antes de la adolescencia, y si no es seguro que eso influyera en su vocación o en sus dotes literarias, resulta incuestionable que a su prematura orfandad debemos el que hoy pueda ser considerado como “un escritor de Bilbao” por razones más que circunstanciales.

La colección “Bilbainos recuperados” que dirige el periodista Carlos Bacigalupe salda una deuda pendiente con el injustamente olvidado Rafael Sánchez Mazas (1894-1966). Y lo hace de la mano de Alfonso Carlos Saiz Valdivielso, Doctor en Derecho por la Universidad Complutense, Profesor Titular de Derecho Constitucional de la Universidad de Deusto hasta su jubilación en 2005, y Periodista titulado por la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid. A él se debe, entre otros títulos, *Triunfo y tragedia del periodismo vasco* (1977), libro esencial sobre la edad de oro del periodismo en nuestro país, y también un puñado de biografías caracterizadas por su rigor y calidad entre las que recordamos con especial viveza *Indalecio Prieto, crónica de un corazón* (1984).

Cada página de *Rafael Sánchez Mazas. El espejo de la memoria* se sostiene sobre un cuidadoso trabajo de investigación y de análisis que huye de los lugares comunes y de las elaboraciones de aliño o refrito. Ya desde el preámbulo –perspicaz descripción de la visita del autor al domicilio del novelista Rafael Sánchez Ferlosio, segundo hijo varón del biografiado–, nos adentra en la intimidad del salón familiar, como abriendo un álbum de recuerdos de esa brillante saga de intelectuales y creadores de potente personalidad. A partir de ese atractivo arranque, es fácil dejarse llevar en el viaje de docientas y pico páginas que trazan el itinerario vital de Rafael Sánchez Mazas, coincidente con el período más trágico y convulso de nuestra historia reciente. Además de sus posiciones ideológicas y humanas, y las relaciones que mantuvo con algunos de sus contemporáneos, acertadamente el libro nos da a catar bocados selectos de su prosa y de su poesía: ejemplos deslumbrantes de un escritor de altísima calidad hoy casi ausente o muy de segunda hilera en los estantes de librerías y bibliotecas. Lo mejor que se puede decir de *Rafael Sánchez Mazas. El espejo de la memoria* es que, al cerrar su última página, apetece tomar contacto directo con las obras del autor.

Rafael Sánchez Mazas nació en Madrid en 1894. Su padre, reputado médico militar natural de Coria (Cáceres), falleció a las pocas semanas y la joven viuda, Rosario Mazas Orbegozo, se volvió a su ciudad natal, Bilbao. Entre la Estufa y el Puente, entre el Arenal y el Ensanche donde respectivamente afincaban sus abuelos Orbegozo y Mazas, además de en el colegio de los Escolapios, transcurrirán sus años infantiles a los que rendirá evocación proustiana en *La vida nueva de Pedrito de Andía*, novela de formación a la vez que obra de madurez, “prodigioso ejercicio de lenguaje, informado por una sintaxis muy bilbaina”, sin duda lo más conocido y apreciado de Sánchez Mazas.

Cursando Segunda Enseñanza en el colegio corazonista de Miranda de Ebro, se inició en la composición literaria junto a amigo y paisano Juan Larrea, futuro poeta de la vanguardia española y del exilio republicano. Sus primeras armas literarias de fuste las veló en El Escorial durante su formación en Derecho, donde redactó y publicó por entregas las memorias de un personaje, Tarín de Tellaeché, luego recogidas en forma de libro con el título *Pequeñas memorias de Tarín* que inauguró la “Biblioteca de los Amigos del País”, editorial fundada en 1915 por Rafael y su amigo irunés Pedro Murlane Michelena y cuyo emblema, pintado por Aurelio Arteta (con Murlane y Sánchez aguisados como “caballeritos” decimonónicos ante el pórtico de la Universidad de Oñate), en forma de detalle sirve de cubierta al libro que traemos a reseña.

También con Murlane y con Ramón de Basterra fundaría la “Escuela Romana del Pirineo” con tertuliana sede en el café Lyon d’Or de la Gran Vía, en cuyos veladores y en torno a la revista Hermes de Jesús de Sarría se forjó una generación de inquietos talentos “divididos por políticas, pero estrechamente unida por el común amor a su tierra”, explica Saiz Valdivielso. En el número inicial de Hermes, de 1917, Sánchez Mazas sienta la concepción idealista de un Bilbao que “sin las alharacas de Barcelona, sin las extravagancias del momento que recoge San Sebastián es, no solo la más moderna, sino una de las más antiguas ciudades de España”. Contra la piña de rastacueros, con mucho numerario pero poca letra, una generación de jóvenes inquietos soñaba con fundar una Venecia cantábrica iluminada por los arcos voltaicos del futurismo.

El Pueblo Vasco de los hermanos Ybarra, periódico de derechas en su orientación pero de izquierdas en su redacción, como se nombra en *Triunfo y tragedia del periodismo vasco*, lo envió como testigo y cronista a la Guerra de África entre 1921 y 1922, desde donde remitió una colección de crónicas que aventaron su prestigio fuera de Bilbao. Ello le permitió enlazar con una corresponsalía en Italia para ABC, donde Sánchez Mazas asistió, desde posición privilegiada, a la revolución fascista que entronizó el caudillismo mussoliniano.

En este punto interesa advertir que un aspecto particularmente valioso, por lo clarificador, del libro que reseñamos es el de la formación ideológica de Sánchez Mazas. Hijo generacional de los ‘Años Barrés’ (usando la clasificación de Michel Winock en *El siglo de los intelectuales*) ya en su etapa estudiantil de El Escorial manifestó ideas muy conservadoras, añorantes de un mundo premoderno, casi medieval, que no admite otro orden posible que el sometido a la triple unidad religiosa, política y cultural. Pero en su conservadurismo late un temblor sagrado que se expresa no en forma mística sino humanista, que empatiza con el dolor e interioriza la condición trágica (su poesía social *Familia pobre en el parque*, de 1917, aun siendo una excepción en su obra, destila esa mirada).

En Italia, Sánchez Mazas lúcidamente observa en el fascismo “una ideología exaltada” generadora de “desórdenes de increíble crueldad”. Bien que la marcha de los camisas negras sobre Roma le arrebatara por la energía de su juventud “fresca, generosa y ardiente”, premonitoriamente advierte que el fascio recién nacido encuba ya su propia y violenta destrucción. Cuando unos meses más tarde se interrogue sobre un posible fascismo español, rechazará que el modelo sea trasplantable salvo por su espíritu patriótico, en la medida que el italiano era un movimiento con lazos de sangre, heroísmo y jerarquía surgido de las trincheras de la Gran Guerra, torrente de valores de los ‘combattimenti’ que anegaba entre la juventud nueva, algo imposible en una España postrada tras la humillación de Annual.

Es sabido que Sánchez Mazas ayudó a perfilar el movimiento de José Antonio Primo de Rivera con sus principales símbolos (yugo y flechas, el ‘Arriba España’, se dice que traducido del ‘Gora’ nacionalista, buena parte de su retórica y estética...). Pero sobre todo aportará a Falange un aristocratismo ético, la “afirmación de un valor y de una moral superiores”, en oposición a tantos de sus camaradas dialécticos de puños y pistolas. Todo lo anterior lo sintetiza Saiz Valdivielso cuando señala que “Rafael Sánchez Mazas fue un conservador antirrevolucionario, con tintes maurasianos, sinceramente católico, alejado del reaccionarismo violento”.

Cuando termina la guerra (de la que escapó milagrosamente en episodio ampliamente popularizado por Javier Cercas en su novela *Soldados de Salamina*), Sánchez Mazas queda

como el más viejo de los “camisas viejas”, condición que le hace acreedor de un asiento sin cartera en el Consejo de Ministros. Durará solo un año, hasta que Franco se cansa de su indolencia. Desde su elevada posición, medió a favor del poeta Miguel Hernández y de su amigo paisano Julián Zugazagoitia, lo que no evitó que el primero muriese en la cárcel y el segundo fusilado.

Saiz Valdivielso define como “factura ominosa” el precio del desprecio con que la posteridad ha cobrado a Sánchez Mazas. Este libro hace clarificación casi definitiva sobre el autor de *Rosa Kruger* al margen de adherencias o adhesiones políticas: Sánchez Mazas fue “lisa y llanamente escritor, y además excepcional”. Pasó su vida escribiendo, entre Coria y el hotel Velázquez de Madrid, ajeno a cualquier reconocimiento literario. Meses antes de su fallecimiento, en 1966, fue elegido académico de la Lengua, pero no llegó a leer el discurso de aceptación al entender que se le honraba por sus méritos políticos y no tanto por los literarios. Le correspondía la letra “X”: ninguna otra mejor para un escritor que tiene mucho de enigma.

“Salvo su narrativa, sus ensayos y sus ‘grupettos’ de relatos aislados, su obra, tanto en prosa como en verso, hay que rastrearla en los periódicos”. En efecto, su obra literaria es menguada: tras heredar, Sánchez Mazas se convirtió en terrateniente rentista y se volvió “elegantemente perezoso”, pereza que sólo interrumpía para escribir artículos para ABC que firmaba con tres asteriscos; no necesitaba más, su estilo literario era claramente identificable. Estilo que Mourlane Michelena, al glosar un discurso de Rafael, definió con antológica frase: “El clasicismo es modestia”.

En *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange* (2003), Mónica y Pablo Carbajosa afirman: “Necesitamos conocer todavía mucho más de Mourlane, de quien sin particulares enigmas biográficos tampoco poseemos todos los datos”. Punto por punto, lo mismo podría haberse dicho de su amigo antes de la aparición de este *Rafael Sánchez Mazas. El espejo de la memoria*, libro con el que Alfonso Carlos Saiz de Valdivielso traza un retrato hondo y sin retoques. La calidad de la edición y el estilo vivo, animado con sugestivas entradas, ajustadas notas y puñado de anécdotas, hacen de este texto una lectura deliciosa y una restitución muy valiosa de la vida y de la obra de un individuo de porte y maneras propias de un antiguo señor de Bilbao que parecía estar en Madrid siempre como de paso.

En honor a nuestra anfitriona, la *Revista Internacional de los Estudios Vascos*, recordemos que el año 1929 (año 23, tomo XX, nº 4, 433-448) la RIEV acogió el texto de una conferencia pronunciada en San Sebastián con el título *La famosa noche de Robinson en Pamplona*, ejercicio de erudición fantástica que ha sido considerado como antecedente directo del género narrativo que tras la guerra dio figuras como Álvaro Cunqueiro y Juan Perucho.

Juan Aguirre